

XAVIER QUINZA LLEO

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS COMO TOPICO TEOLOGICO

LA HISTORIA HUMANA COMO ENTRAMADO DE SIGNOS

La historia de los hombres no es un precipitado de signos amorfos, desconectados entre sí o relacionados únicamente por el azar. Es una historia compleja, pero que, tal como se la contempla en una visión retrospectiva, se percibe como sistematizada, en la que todo es valorado desde la conciencia humana. En cuanto humana, tiene algo que decir y debe ser auscultada desde la encrucijada del tiempo en que se vive. Pero a veces parece como si toda esa elocuencia de la historia, que la carga de signos y presagios para la existencia terrestre del hombre estuviera evidenciando una necesidad muy humana de saberse ligado a una trama ya hecha, tanto si ésta es fruto del azar como de la Providencia, o incluso de la necesidad ciega y determinista. Es la tentación de querer descifrar en la misma historia «cadenas de significación» que ligen unos sucesos con otros, convirtiendo así en fuente de sentido lo que únicamente es producto, resultado de la misma búsqueda y tentativa humanas.

¿Y si el mundo fuera el efecto de un designio divino que lo construye para poder hablar al hombre? El universo sería una teofanía: Dios, que se manifiesta por signos, que son los seres y las situaciones, y por medio de unos y otras encamina a sus creaturas hacia la salvación.

Existe un convencimiento relativamente universal de estar remitidos de una a otra trama. Esa es la razón por la que inconscientemente busca el hombre leer en la historia las respuestas a sus interrogantes. Cual-

quier suceso se convierte en fuente de preguntas que parece remitir a esa historia cargada de sospechas. Todo puede constituir el indicio de un mensaje. Y lo que solamente es señal aislada, impulsa a buscar el código que la explique.

Pero no todo lo que acontece tiene una misma densidad de significación. En el sucederse histórico-temporal se aíslan algunos acontecimientos que se distinguen de otros históricamente por su naturaleza o por su valor. Y así adquieren una importancia destacada. Para que se produzcan, deben marcar un hito en la cotidianidad. Pero ¿cómo se señalan esos sucesos para que se conviertan en acontecimientos significativos? ¿Se dan indicadores funcionales que detecten y caractericen hechos privilegiados como auténticos *signos históricos* en la vida de los pueblos?

Una primera respuesta nos la da el hecho de su propia relevancia significativa. Se trata de sucesos que se convierten en señales de futuro, hitos que son lugares de referencia para la conciencia colectiva de una generación¹. Son valores simbólicos, signos históricos en los que se converge; señas de identidad y marcas de futuro. Ante ellos se produce una *toma de conciencia colectiva*. Dejan de ser simples hechos para trasladarse a la categoría histórica de acontecimientos, captados bajo una luz nueva.

Se configuran como «signos históricos» acontecimientos que, aparte de su contenido inmediato, tienen un valor expresivo de otra cosa o que tienen una fuerza secreta interior que los convierte en símbolos permanentes; o bien acontecimientos que favorecen una toma de conciencia que capta energías y esperanzas de un grupo humano y que son leídos y percibidos como puntos de impacto por algunas personas privilegiadas.

En cierto modo, podríamos sintetizar estas características diciendo que son hechos históricos con una significativa valencia *deíctica*, con una peculiar fuerza mostrativa. Por estar situados en unas determinadas «coordenadas», definidas en relación con cierta práctica semiótica, los hechos destacados se convierten en signos históricos².

¹ En este rasgo insiste, por ejemplo, M.-DOMINIQUE CHENU, pionero en el estudio de este tema. Ver, entre las numerosas páginas que le dedica, *Les signes des temps*: NRT 87 (1965) 29-39, versión española: *Los signos de los tiempos*: SeIt 4 (1965) 295-296; *Los signos de la época*, en C. RAHNER (ed.), *La Iglesia en el mundo actual*, Bilbao 1968, 93-112. A ese criterio se adhieren M. A. FIORITO y D. GIL, *Signos de los tiempos, signos de Dios*: Stromata 32 (1976) 3-95.

² Doy por supuesto que toda ocupación con «signos», y, por tanto, también la teológica, remite ante todo a una lectura apoyada en el instrumental que ofrecen precisamente las ciencias de la significación, bajo pena de renunciar a una parte

Son, pues, acontecimientos de la historia que, tomados en el interior de un universo cultural codificado de una manera propia, reciben marcas semánticas diferenciadoras. Se trata de un proceso productivo, de una individualización de sentido que se elabora progresivamente acumulando referencias significativas sobre algunos hechos que imprimen una *huella* en las significaciones de esa cultura. Pero debemos señalar que es la misma cultura la que efectúa el proceso de caracterización significativa, aunque al mismo tiempo borre las referencias de ese proceso realizado. Así es como los signos históricos se convierten en fuerza social, lo que hace que esos sucesos semiotizados se puedan leer según los casos como signos de los tiempos.

RECONOCER EN LOS SIGNOS HISTÓRICOS UNA MARCA SALVÍFICA

Hasta este momento hemos estado hablando de signos históricos, que desde su calidad mostrativa se convierten en indicadores que polarizan expectativas y que representan un cierto grado de cohesión histórica.

Pretendemos ahora dar un paso más; lo que verdaderamente nos interesa para el propósito de diseñar un ideograma de los signos de los tiempos es delimitar el modo como el sujeto que ausculta la historia, no el espectador pasivo, puede llegar a reconocer en esos signos históricos un sentido trascendente.

Lo relevante es su propia pericia para hacer un recorrido de lectura que le ofrezca las relaciones deseadas en el código desde el que interpreta: se trata de escudriñar el signo, reformular su significado en otro contexto, cuestionarse su validez y plantear la propia capacidad de respuesta del que lo discierne. Es todo un programa de discernimiento. Que el signo sea «promotor de respuesta» y que esa respuesta sea lo suficientemente abierta y clara, depende de que se cumplan las condiciones de motivación y de contexto en el sujeto.

Estamos, pues, remitidos, a unas condiciones de apoyo que son las que caracterizan el campo simbólico del lenguaje³. En medio de la inevitable ambigüedad de la historia, las señales simbolizan, las interrelaciones convocan a una interpretación de densidad mayor. Así es

sustancial de su horizonte de comprensibilidad. Cf. especialmente U. Eco, *Signo*, Barcelona 1976; J. KRISTEVA, *Semiótica*, Madrid 1978.

³ En el sentido en que lo ha desarrollado K. BÜHLER, *Teoría del lenguaje*, Madrid 1979.

como los signos históricos se ofrecen a la interpretación de la teología⁴.

Para el que quiere auscultar los signos de los tiempos en la actualidad de la historia, el acontecimiento, de acuerdo con la visión de P. Ricoeur, se encuentra informando constantemente las estructuras del acontecer temporal desde dentro, pero de dos formas: primero, *no al mismo ritmo*, y segundo, *no en los mismos planos*. No al mismo ritmo, porque es fruto de la discordancia; el acontecimiento se hace signo cuando los diferentes ritmos de la vida dejan de coincidir. Y no en los mismos planos, porque se produce precisamente en el intercambio de las diferentes áreas, en los múltiples contactos de zonas diversas; se produce por una fragmentación de la duración del acontecer⁵.

Y de este modo el creyente contempla la historia humana desde un plano distinto; su origen, su desarrollo y su maduración tienen una lectura desde fuera de su propio mundo de referencias. El mundo tiene una finalidad, y el hombre, como «ser en el tiempo», es solidario con la historia, de tal manera que su relación al más acá está comprometida con su vocación trascendente. Ciertamente, se está realizando una «lectura cristiana» de la historia, y contemplando un modo peculiar de reconocer que dicha historia admite más de una lectura, porque por su misma ambigüedad es significativa: es una red abierta de significaciones plurales, aunque limitadas.

Desde esta lectura «creyente» de la historia se despliegan categorías propias con las que la tradición bíblica lee su transcurrir: origen/promesa, caída/alianza, juicio/restauración. De este modo se «posiciona» la historia humana desde la fe, es decir, se contextualiza y se le hace tomar postura desde la encrucijada salvífica que el creyente espera y confiesa. Pues bien, los signos de los tiempos se inscriben en el «posicionamiento salvífico» de la historia, ya que la sitúan y le fuerzan a tomar postura frente a una nueva dimensión: la del misterio, la de la esperanza trascendente. Desde el ángulo de visión de la fe, la historia adquiere una nueva «profundidad de campo». Visión que rechaza radicalmente el pesimismo histórico, ya que no es indiferente al esfuerzo humano, y condena la idea gnóstica de una creación y un mundo en sí

⁴ Esta convicción, característica del espíritu que informa la «*Gaudium et spes*», se expresa ya en el primer esbozo de la futura Constitución conciliar: «*Tempus enim signum est et vox pro Ecclesia et pro hominibus (...) In voce ergo temporis, vocem Dei audire oportet (...) S. Synodus vero in variis eventibus totius generis hominum operationem Divini Spiritus dignoscit (...)*». Cf. *Schema de Ecclesia in mundo huius temporis*: Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Vaticani II, III, V, 117.

⁵ Cf. P. RICOEUR, *Tiempo y narración*, I.: Configuración del tiempo en el relato histórico, Madrid 1987.

mismos malos. Historia de esperanza, porque queda orientada salvíficamente, direccionada desde su propia lectura de afirmación histórica, que une indisolublemente el destino trascendente del hombre con su destino común.

Al hablar en este contexto de «signos de los tiempos» estamos aludiendo, pues, a una correspondencia socializada, a una actividad de interacción social: la que supone la común confesión de la fe. Ello incide sobre la realidad eclesial de los signos de los tiempos, que solamente en un contexto de tradición y de fe común pueden ser discernidos desde la experiencia significativa y normativa del evangelio. Socializados desde la fe de la Iglesia, se constituyen como tales en relación a este «código matriz», fuera del cual no existe posibilidad alguna de discernimiento⁶.

Los signos históricos son algo más que una semiótica del mundo natural, aunque no constituyan un sistema unívoco y bidireccional. Son signos de una lengua necesitada de aprendizaje, signos «en la cultura», objetivación de constructos de conciencia. En este sentido se configuran como valores emergentes, corrientes destacadas de pensamiento o de opinión, y así se constituyen en una fuerza social creyente, producto significativo que moviliza la conciencia eclesial de una época incitando a su transformación⁷. Polos de orientación en donde convergen y desde donde irradian señales que hacen captar una dimensión más profunda en lo que acontece, haciéndose factores de síntesis de las aspiraciones del Pueblo de Dios.

Pero, además, son interpelación creyente del presente histórico, porque se constituyen en núcleos de profecía, se cargan de fuerza interpelante y configuran una lectura crítica de la historia. En su sentido más propio, los signos de los tiempos, además de señalar la historia del Reino de Dios, adquieren una valencia apelativa: se abren a una lectura histórica como incitadores que, al juzgar el presente histórico y potenciar un despliegue mayor en sus mismas estructuras, aportan una apertura a la historia, promueven un potencial interrogativo que exige respuestas adecuadas para cada momento histórico. Así sucede que ciertos

⁶ La dimensión eclesial de los signos de los tiempos ha sido puesta de relieve por Mons. M. PELLEGRINO, *Signes des temps et réponse des chrétiens*: DocCath 64 (1967) 144-154; versión española *Los signos de los tiempos*: SelT 7 (1968) 21-22.

⁷ Por ello exhorta Pablo VI, concluyendo una alocución consagrada enteramente al tema: «Pero todo esto no hace sino convocarnos a la atención, al estudio de los signos de los tiempos, que deben hacer sagaz y moderno nuestro juicio cristiano y nuestro apostolado en medio de los esfuerzos por la transformación del mundo moderno.» PABLO VI, *Los signos de tiempos nos ayudan a interpretar teológicamente la historia contemporánea*: Ecclesia 29 (1969) 555.

acontecimientos históricos, sobre todo en tiempos de crisis, interpelan a la conciencia creyente y son leídos como signos crítico-proféticos, llamadas de Dios que le avisan sobre la presunción de la historia de atribuirse un carácter autorredentor, recordándole que ésta puede acceder a la salvación de Dios sólo como creatura.

Decir que Dios es Señor de la historia constituye una afirmación de hondo sentido para el creyente; porque le supone afirmar que la historia es, a la vez, lugar humano y lugar de salvación, orientada e incierta, plural y única, inocente y culpable, que sólo se comprende cuando se la descubre originada en Dios, y cuya consumación está en él.

La última razón de esta fe inquebrantable, que condiciona el modo cristiano de leer y hacer la historia, es que los acontecimientos humanos se encuentran abarcados por una *historia salutis*; es decir, que el sentido de la acción y comprensión creyente de la historia depende de esa dimensión oculta, que exige la entrega incondicionada al Señor de la Historia. Sólo desde una concepción de la historia profana y la historia salvífica como a la vez ineludiblemente unidas y diferenciadas, se puede dar lugar a una teología que trabaje en la incidencia de la contemporaneidad sin identificar cualquier acontecimiento histórico como «signo de los tiempos»⁸.

La crisis de la idea del progreso en la historia, propia de una sensibilidad postmoderna, pone de relieve el acento escatológico en la interpretación cristiana de la historia y resalta el carácter de novedad y sorpresa de los signos de los tiempos que, en su dimensión de futuro, apuntan desde una historia fragmentaria hacia la integración en el Reino de Dios.

El problema del juicio de Dios sobre la historia es el núcleo central de la escatología, es decir, de la relación entre tiempo presente y tiempo futuro, entendiendo como tal el más allá de la historia, su acabamiento definitivo. Pero en Jesucristo el fin se ha hecho ya presente, lo que lleva a reconocerle como el acontecimiento definitivo que conduce la historia a su plenitud.

SIGNOS NECESITADOS DE DISCERNIMIENTO TEOLÓGICO

Para que la historia hable desde los acontecimientos que suceden es necesario que funcione bien, que no haga tanto ruido. Los signos de

⁸ Cf. a este propósito K. RAHNER, *Historia del mundo e historia de la salvación*, en *Escritos de Teología* V, Madrid 1964, 115-135.

los tiempos participan de la necesidad utópica de ser recibidos como signos de la anulación del exceso de significatividad religiosa o profana de la historia. Sólo puede accederse a ellos en la medida en que nos aprestamos a no dejarnos manipular por los *mass media*, por el lenguaje estructurado del poder en cualquiera de sus formas conocidas. Los signos de nuestro tiempo se hacen oír desde lo débil, desde lo confuso, parcial y fragmentario de la historia. Y cualquiera que busque distinguir unas voces de otras, unos signos de otros, deberá formalizar un espacio de anulación del ruido, un vacío de discernimiento.

Interpretar el texto de la historia presente es seguirla en sus movimientos más significativos, en los signos que ella produce para el auscultador activo; es saber leerla desde las mediaciones nuevas que instaaura entre el hombre y el mundo. Así, los signos de los tiempos son esos lugares en donde se puede leer novedad en el sucederse de la historia, y explicitar una respuesta decidida con la que reformular la relación acostumbrada con la misma. La realidad histórica sólo se hace elocuente en la medida en que los sujetos se abren a escucharla. Por eso a veces tarda en mostrar todo su sentido. Es muy difícil ser contemporáneo del presente. Es sobre esta proximidad entre hombre e historia, entre palabra y acontecimiento, como se construye la teología de los signos de los tiempos y su necesario discernimiento.

Aceptando a la vez la cercanía y la distancia entre el acontecimiento y el intérprete, es como podemos leer la historia. El tópico «signos de los tiempos» es un término que densifica precisamente esa conjunción entre la comprensión histórica y la comprensión existencial, entre historia y palabra. Por un lado se constituye en una experiencia concreta actual, pero conjuntamente y sin que se pueda dar la una sin la otra, manifiesta su capacidad de aludir a un lugar donde resuena la oferta de salvación para los hombres de ese mismo presente.

Pero como los signos se despliegan en la misma carne de la historia, se precisa discernir entre la historicidad en cuanto capacidad elocuente constitutiva de la historia y ésta misma, concebida como el conjunto de las decisiones a las que convoca, incita y compromete. La historicidad subyace en la historia y designa la relación entre razón histórica y sentido emergente, lo que crea el espacio para el discernimiento de los signos de los tiempos. Este discernimiento se delimita como la distancia salvada entre ciertos acontecimientos saturados de sentido y la palabra crítica del creyente, pronunciada en la densidad de la historia.

El «posicionamiento salvífico» de la historia la sitúa significativamente tanto en el interior del texto de ayer como en su actualización

de hoy. Esto se opera por medio de los signos de los tiempos, que se configuran desde la apertura novedosa del lenguaje evangélico. Desde ellos se amplía nuestro horizonte episódico y se abre una brecha en la factura de la historia por la interpelación de Dios, el *semper maior*.

El punto culminante de toda teología de la historia es su apertura al futuro. Lo que interpreta el presente histórico está siempre subordinado a un «descentramiento» escatológico y es, por tanto, una forma crítica de discernimiento. El juicio definitivo de Dios actúa prolepticamente sobre decisiones humanas históricas y sociales. Aunque conservando su parcialidad, éstas quedan escatológicamente determinadas. Reinterpretar críticamente la esperanza cristiana desde los análisis sociales o culturales es insostenible desde el punto de vista de la teología; es la aportación de la fe la que ayuda a discernir la lectura de los procesos profanos y no al revés. No es válida ante la fe una interpretación de las convocaciones terrenas de la esperanza, cuya última instancia crítica sean los análisis profanos de la historia y la sociedad.

Esta anticipación del futuro es el principio de transformación para el presente, porque se trata de hacer la historia «desde la Palabra», de establecer una cierta práctica, que como juicio crítico dirija el discernimiento de los signos de los tiempos hacia una perspectiva de esperanza.

La concepción escatológica que caracteriza una teología de los signos de los tiempos, es la que destaca el valor de este intervalo de tiempo histórico que recorre el espacio entre la primera venida de Jesucristo y la final, porque posibilita un tiempo de discernimiento desde el Espíritu ya presente en la Iglesia. Y ésta es deudora de la reflexión bíblica sobre los signos de los tiempos, en la que se hacen patentes las señales mesiánicas del Reino de Dios, que convierten en algo inútil y hasta escandaloso cualquier demanda de un signo del cielo. Solamente el signo de Jonás, como llamada a la conversión y anuncio de la resurrección de Jesús, será dado en la inminencia de los tiempos definitivos.

Los signos de los tiempos están necesitados de discernimiento teológico, porque no cualquier signo histórico es signo de Dios⁹. Dios actúa en la historia potenciando la libertad del hombre e iluminando desde la gracia del Evangelio su capacidad discernidora y transformadora de la historia. Por eso los signos de los tiempos pueden ser designados

⁹ Que este discernimiento no tiene nada de fácil fue ya afirmado por Pablo VI, lo que no impide al Papa, consciente de su necesidad, exhortar con ardiente insistencia a todos los hijos de la Iglesia a realizarlo bajo la gafa de los obispos. Cf. PABLO VI, *Insegnamenti al Popolo di Dio*, Città del Vaticano 1964, 65, 1001; 1968, 321; 1970, 1088.

como lugares teológicos en la medida en que son lugares históricos de inicio y consumación de la fe¹⁰; así, la teología de la liberación considera la realidad de los pobres como el lugar donde Dios se hace más presente y se manifiesta como salvación y buena noticia para toda la humanidad.

EL USO PROPIO DEL TÓPICO «SIGNOS DE LOS TIEMPOS»

Ante la considerable carga de ambigüedad del tópico «signos de los tiempos» se hace necesario delimitarle un uso adecuado. Desde el grado 0 de relevancia al grado máximo hay una gran variedad de posibilidades. Pero dejando al margen tanto a quienes piensan que debe ser retirado del lenguaje teológico, como a aquellos otros que quieren hacer de él una «revolución nuclear» en la teología, es factible y deseable abrir un espacio para un uso propio del mismo.

Desde las diferentes aproximaciones al tema que es pertinente tomar en consideración nos parece descubrir cuatro lugares textuales que configuran el espacio adecuado para delimitar el campo semántico propio del tópico «signos de los tiempos».

Desde el eje signico (los *signos* de los tiempos) se presenta un *continuum* entre dos polos, lo deíctico y lo performativo:

- lo deíctico: es decir, la mayor o menor capacidad del signo de mostrarse. Su grado de patencia y claridad significativa;
- lo performativo: es decir, la mayor o menor capacidad de dar lugar a una transformación en la praxis del intérprete. Su grado de apelación y movilización práctica de respuesta.

Desde el eje temporal, por su parte (los signos de los *tiempos*), se configura otro *continuum* cuyos polos de referencia son lo histórico y lo trascendente:

- lo histórico: es decir, la mayor o menor densidad temporal del significante, de los acontecimientos políticos o sociales. Su grado de temporalidad, de actualidad en el presente o de intensidad en la memoria del pasado;
- lo trascendente: es decir, la mayor o menor capacidad anafórica

¹⁰ Tomo la expresión de A. TORNOS, *Los signos de los tiempos como lugar teológico*: EE 53 (1978) 517-532; un trabajo, por lo demás, muy valioso para ampliar las consideraciones que aquí quedan sólo apuntadas.

o de elevación hacia un significado en el misterio trascendente o los designios de Dios. Su grado de relevancia teológica, de significatividad en la historia de la salvación.

Estos cuatro lugares textuales recogen los distintos temas agrupados y coloreados de modo propio y posibilitan una descripción tópica desde el punto de vista teológico. En cada uno de ellos convergen los temas teológicos (reino de Dios, últimos tiempos, señorío de la historia, signos de la presencia de Dios, discernimiento eclesial, voces de nuestro tiempo, voz de Dios, etc.), pero articulados de forma diversa, es decir, en las variaciones propias de cada núcleo de relevancia teológica. Se podrían designar así:

1. Signos de los tiempos como transparencia significativa de Dios al mundo (modelo teológico /deíctico/).
2. Signos de los tiempos como apelación de Dios a la libertad humana (modelo teológico /performativo/).
3. Signos de los tiempos como capacidad salvífica de la historia (modelo teológico /histórico/).
4. Signos de los tiempos como actuación preeminente de Dios en el mundo (modelo teológico /trascendente/).

El campo semántico del tópico «signos de los tiempos» en el uso que se hace de él en la *Gaudium et Spes* y otras declaraciones del magisterio podría designarse como un quinto modelo:

5. Signos de los tiempos como llamada al discernimiento eclesial de nuestro tiempo (núcleo teológico /magisterial/).

El estudio que sintéticamente hemos expuesto en las páginas precedentes nos conduce a la conclusión de que no existe un único lugar semántico para el uso teológico del tópico «signos de los tiempos». Nadie debe reivindicar una utilización privilegiada y delimitada de él, ya que el modelo hermenéutico normativo, es decir, el del magisterio eclesiástico, se mueve en un campo de límites muy amplios, lo que permite un uso propio, pero no único ni exclusivo.

Únicamente deberán ser tenidos en cuenta los dos polos expresados más arriba: desde la perspectiva sónica, lo deíctico y lo performativo, y desde la perspectiva temporal, lo histórico y lo trascendente. Esto supone que no se habla con propiedad de signos de los tiempos en teología católica, sin hacer expresa referencia tanto a la capacidad de

los acontecimientos históricos de mostrarse como signos que apelan a la conciencia creyente, como de la capacidad de la historia profana para acoger y hacer significativa la salvación trascendente de Dios.

El término signos de los tiempos, así delimitado, se convierte en una «garantía escatológica» en el drama de la ambigüedad y fragmentariedad de la historia, y desautoriza toda actitud de prepotencia y de orgullo de cualquier construcción política del hombre¹¹.

Por ser «signos de cuestionamiento e interpelación» contienen una potencialidad destructora frente a todas las pretensiones de interpretar la historia, que aspiren a legitimarse en cualquier ideología contraria a la humanidad y al respeto a la libertad del hombre. Por ser signos críticos, desenmascaran la presunción salvífica inmanente a la historia, confrontándola con su miseria existencial.

Lo esencial de la profecía bíblica es esta denuncia de organizar la propia historia desde sí misma. Y los signos de los tiempos se inscriben en el potencial profético de la acción actualizadora de Dios en la historia. No se trata de una teología para situar junto a otras teologías. Es la tarea ineludible de cualquier reflexión de la inteligencia de la fe, que quiera ser fiel a su origen. Así podrá mostrar que el único sentido para la historia es aceptar el propio misterio del hombre en el respeto de una dignidad de la que sólo Dios es garante.

La verdadera dimensión frente a la que actúa esta teología de los signos de los tiempos es la idea, tan arraigada en la sensibilidad religiosa fundamentalista, de que el triunfo político o social de un grupo que emerge, es una marca evidente de la bendición divina¹².

En una situación como la actual, cualquier teología que quiera ser fiel a los signos de los tiempos debe asumir éstos como parcial juicio de Dios sobre la historia, siendo muy consciente de lo relativo de las realidades económicas y políticas, y buscando aportar elementos para exorcizar de ellas toda pretensión ilegítima de endiosamiento. El cris-

¹¹ Como ha formulado inequívocamente A. TORNOS, «la teología de la historia habría de actualizar el primado del futuro, y, por tanto, la apertura a lo nuevo y a lo imprevisible; no tendría un programa propio en cuanto a compromisos políticos, porque estaría dirigida siempre a hacer posible la libertad; y siempre “tendría que aportar una palabra de la fe que reuniera todas las esperanzas en un lenguaje iniciador de todos los amores”». *Escatología I*, Madrid 1989, 174. La última frase recoge una cita de F. THEUNIS, *Autour de la théologie d'une histoire. Discours historique, discours christologique*, en E. CASTELLI (ed.), *Herméneutique et eschatologie*, París 1971, 153-163.

¹² Merece ser tenida en cuenta a este respecto la lúcida llamada de atención, emitida en una época en que comenzaba a hacer crisis una cierta teología de la historia, de P. VALADIER, *Signes des temps, signes de Dieu?: Et 335* (1971) 265-279; versión española, *Signos de los tiempos, ¿signo de Dios?: Criterio 45* (1972) 328-333.

tiano deberá denunciar siempre cualquier sentido pretendidamente trascendente de la política. Ya que la tentación de sacralizar la historia queriendo ver, en acontecimientos que favorecen a los humanos (o a algunos entre ellos), la voluntad fortuita de Dios, es el mejor modo de incapacitarse para leer y discernir los signos de los tiempos.

En algún sentido, esta cualidad profética de los signos de los tiempos los constituye en *semina Verbi*, embriones de futuro que sólo aceptando la dinámica escondida y la progresiva maduración se configuran como portadores de transformaciones profundas y promotores de valores nuevos, que afloraran en el campo de la historia. Son, de este modo, una verdadera *praeparatio evangelica*, presagios significativos en el presente del desarrollo potencial del evangelio en la historia y configuradores desde la actuación libre y responsable del hombre de decisiones de futuro, que harán converger desde cada época concreta y en las mismas contradicciones de su presente la novedad inesperada del Reino de Dios.